

EL QUIJOTISMO RUSO COMO FENÓMENO CULTURAL

Un fenómeno cultural tan complicado como el quijotismo se funda en el aislamiento del héroe de la novela. Es automático el hecho de que —según Turguenev— su nombre se convirtió en «un apodo ridículo hasta en las bocas de los mujiks rusos», que no tenían ninguna idea sobre la novela de Cervantes.

Como fenómeno de la cultura el quijotismo es, en cierta medida, equiparable con el hamletismo. Sin embargo, el quijotismo es un concepto más enjundioso y multifacético, que abarca un cúmulo más vasto de acepciones. Enrique Heine vio en el petrarquismo un «quijotismo lírico». Nicolai Karamzín escribía sobre el «quijotismo de la imaginación». Apolón Grigoriev crea la imagen de un «Don Quijote pequeño burgués». Alexandro Herzen introdujo el concepto de «Don Quijote de la revolución». La época del deslinde de los siglos XIX y XX promueve una versión nueva: el «quijotismo estético». Muchas de las concepciones del quijotismo se vieron reflejadas en una u otra imagen de la literatura mundial: Abrahán Adams, St. Pickwick, Till Eulenspiegel, Madame Bovary, Tartarin, Tom Sawyer, Insárov, el príncipe Mishkin.

El quijotismo es un fenómeno internacional. Pero en diferentes países se llena de diferentes sentidos. Uno de los primeros «acercamientos» en la literatura rusa lo encontramos en una obra traducida y publicada en 1720, con el título de *Meditaciones sobre las intenciones hacia la paz*. El pasaje —«Me desesperaría al ver resucitados, entre mis compatriotas, a los famosos caballeros de la Tabla redonda, y el quijotismo, que impulsen a la gente a viajar por todo el mundo...»— está dotado de una anotación muy curiosa, hecha por el traductor ruso, quien no confía mucho en la erudición de los lectores: «En el libro titulado *Don Quijote* se

describe la vida fabulosa de un caballero español, llamado don Quijote, quién, según dicen, viajando por el mundo, afrontaba las más descabelladas aventuras fantásticas e irrisorias, ansioso siempre de hacer justicia y poniéndose en defensa de cualquier persona que a él le parecía ultrajada. Se describe cómo peleaba contra los molinos de viento suponiendo que eran gigantes desafortunados. Los caballeros de la Tabla redonda son los que, al igual que don Quijote, cometen desatinos». Más adelante se aclara quiénes son los «caballeros andantes»: «Los caballeros errantes o andantes son los que, vagando por el mundo, se inmiscuyen, sin razonar mucho, en asuntos ajenos ostentando su valentía».

El verbo «donquijotstvovat» es la invención del gran poeta del siglo XVIII Gavrila Derzavin. En su famosa «Oda a Felitsa» leemos:

No te gustan demasiado las mascaradas,
Nunca visitas los clubs,
Conservando los usos y costumbres,
No donquijotstvices por ti mismo.

Pero ya en el misterio *Izorsky* del poeta decembrista Küchelbecker vemos una interpretación bastante diferente, que anticipa la de Turguenev. Asemejándose parcialmente a Byron, el héroe exclama en el final del misterio:

«¡Oíd y reíd!.../ quiero dar mi vida y la sangre,/ gota a gota,/ tomar el bautismo de las torturas/ por la fe y el amor,/ por la verdad y la libertad.../ ...Y a bordo de un buque,/ de Odesa viajaré a la Hélade/ para andar allí *donquijotstvovat* (quijotizando)».

El poeta Viázemsky, en su carta al exiliado Pushkin, le aconsejaba ser prudente y cauteloso «al hablar y al escribir», remitiéndose a que el conde Mijaíl Vorontsov no sería capaz de «ser un Quijote» contra el poder, defendiendo a alguien «en persona o en opinión», cualesquiera que fuesen, si el poder le pusiera ante la necesidad de declararse en favor o en contra del mismo.

En el siglo XIX, el interés de don Quijote se reducía, por regla general, a digresiones filosóficas, ético-morales y psicológicas. La interpretación dialéctica de la imagen cervantina y, en rigor, la nueva concepción del quijotismo, propuesta por Visarión Belinski, relevante crítico literario ruso, disuenan con las tendencias unilineales —la «desmitificadora» y la *encumbradora*— pero que, no obstante, habían de desempeñar un papel decisivo. Una de las pocas tentativas, emprendidas en la cultura rusa, de interpretar el quijotismo con ambivalencia —interpretación que se remontaba, en última instancia, a la concepción de Belinski—, fue el artículo

de Alexandro Blok «Caballero-monje» (1911), dedicado al filósofo religioso Vladimiro Soloviov. Algunos rasgos de este retrato pueden verse en la poesía de Blok *A. M. Dobroliubov*, escrita anteriormente, en 1901, y consagrada al poeta decadente, más tarde predicador y devoto:

«Un chico enfermizo,/ como si jugara a la gallinita ciega/ con la eternidad,/ en sus peregrinaciones/ dibuja figuritas/ y llama a pelear».

Es característica la asociación que traza con el Caballero pobre de Pushkin, asociación que surge en esta poesía para repercutir luego en el artículo «Caballero-monje». Blok hace hincapié especialmente en la dualidad del filósofo, en su esencia «bifurcada». Una persona generosa y a la vez guerrero. Pensador y persona extravagante, que traicionó el espíritu de la época (o sea, al igual que don Quijote estaba desvinculado de la realidad). Su flaqueza, no disimulada con el vestido, la mirada «profundizada por el pensamiento», la coraza, el escudo y la espada: he aquí como Blok percibe a Soloviev, cuya imagen guarda relación directa con el Caballero pobre de Pushkin y, por consiguiente —de acuerdo con la tradición, refrendada por la autoridad de Dostoievski y Viacheslac Ivánov—, con el Caballero de la Triste Figura. «¿Qué son el escudo y la espada —pregunta Blok—, los actos buenos y la dialéctica terrenal para aquel que «consumió su alma en el fuego»? Y responde: «Nada más que un *medio* para un caballero, un medio de lucha contra el dragón; para un monje, contra el caos; para el filósofo, contra la demencia y las vicisitudes de la vida. En un asunto terrenal común: la liberación de la princesa —el Alma Mundial— del cautiverio, la cual, atormentada por la angustia apasionada y presa del caos, ha concertado una alianza secreta con el «intelecto cósmico».

El quijotismo no fue investigado especialmente. No obstante se creía que es un fenómeno cultural sin límites claros y demasiado complicado para la investigación. Me parece que es posible distinguir *dos líneas* sobre las cuales gravita la inmensa variedad de las interpretaciones, opiniones y menciones concretas. El quijotismo como *metáfora publicista*, y el quijotismo como *categoría ético-moral*.

En la tradición publicista existe hasta la comparación con el Caballero de la Triste Figura de naciones enteras. Recordamos el paralelo entre don Quijote y España en las obras portuguesas del siglo XVII o el mismo paralelo aunque con carácter positivo en los ensayos de A. Machado. Dostoyevsky en *El diario del escrito* del año 1877, en el artículo «Los Metternich y los Quijotes»

revela sus pensamientos sobre el destino de Rusia, comparándola con don Quijote; pero un don Quijote renovado, que ya tiene su «genio» y su «nueva palabra», que «comprende su situación en Europa y no irá más a combatir contra los molinos». Según Dostoyevsky la situación de Rusia es realmente envidiable, porque no pierde sus rasgos caballerescos: «Don Quijote conoce sus ventajas y puede calcularlas: sabe que ganará en su dignidad y en el reconocimiento de su dignidad, si permanece caballero; además, estoy seguro de que en este campo de acción no perdería la sinceridad de sus deseos por el bien y que su reconocimiento le reafirmará en el futuro campo de acción».

Un acento «ruso» se nota fácilmente en la concepción del qui-jotismo de Turguenev. El discurso de Turguenev (*Hamlet y don Quijote*, que él pronunció públicamente el 10 de enero de 1860, como acto de beneficencia en favor de los literatos y científicos necesitados) desempeñó un papel muy importante para que surgieran opiniones sobre el qui-jotismo como la idea de una misión social positiva. En él se han cruzado ambas líneas (quijotismo como metáfora publicista y qui-jotismo como categoría ético-moral) y al mismo tiempo dio impulso a las dos. Las cuestiones que conmovían al escritor ruso durante toda su vida: las relaciones entre el hombre y la sociedad, la necesidad para un hombre de caer tarde o temprano en la cuenta de su existencia, la posibilidad de un bien activo, han tomado aquí su fundamento filosófico y se convirtieron en un patrimonio de toda la humanidad. Precisamente al discurso de Turguenev, y no a la novela de Cervantes, se dirigieron en muchos casos las generaciones posteriores de lectores en busca de respuestas a las difíciles cuestiones sobre el papel del qui-jotismo en la vida.

Sin embargo, los ideales del heroísmo, de la magnanimidad, del sacrificio de sí mismo por un fin elevado, se asociaban con el qui-jotismo ya en el fin del siglo XVIII. Por ejemplo, en *El caballero de la época contemporánea* Karamzin compara a su héroe con don Quijote, porque al ser aficionado a la lectura alcanzó «el qui-jotismo de la imaginación». Sin embargo, tan sólo el discurso de Turguenev fijó definitivamente esas mejores cualidades humanas, al ligarlas con el concepto del qui-jotismo. Turguenev escribía teniendo en cuenta esa categoría de hombres: «Hemos visto a esa gente. Cuando desaparezca, ¡que se cierre para siempre el libro de la Historia! No habrá nada que leer en él».

El qui-jotismo se interpreta en sentido parecido al de la concepción de Turguenev en el poema del pensador y escritor de la segunda mitad del siglo XIX Vladimiro Pecherin. Si en el discurso de Turguenev las formas concretas de actividad de los don

Quijotes magnánimos solamente se sobreentienden, en la obra de Pecherin de esto se habla directamente:

¡Aquí está el noble caballero!
¡Incomparable don Quijote!
¡Es poeta! ¡Es caudillo del pueblo!
¡Salvará a la patria!

Intentando a contribuir a la liberación de la humanidad, Pecherin decidió, emigrando, consagrarse por completo a esto. Por eso es comprensible su intención de explicar sus ímpetus por su procedencia espiritual del Caballero de la Triste Figura.

«El quijotismo de la intelectualidad rusa» es el tema del artículo publicado en 1910 en la revista democrática «Zhizn dla vsej» (La vida para todos). El autor que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de «M.A.», ofreció una de las más brillantes y publicísticamente agudas interpretaciones de la novela de Cervantes, interpretación que desarrollaba y concretaba las ideas de Turguenev acerca del quijotismo como el servicio abnegado a los hombres. Teniendo en cuenta que el estilo es el elemento primordial por el cual se puede adivinar quién es el autor del artículo, traeremos a colación una cita extensa, en la que están concentradas las tesis fundamentales del mismo: «Todo lo que es desinteresado, elevado y puro, no desaparece, sino que entra a formar parte del acervo de la vida, enriqueciéndola; son desgraciados los que vuelven la espalda a la luz y se doblegan ante las tinieblas: preparan para sí mismos la muerte, la esterilidad y el olvido. Me refiero a otro Caballero andante de la Triste Figura: la intelectualidad rusa. Tiene muchos rasgos que la asemejan con don Quijote. En el alma de los intelectuales rusos ardía el fuego vivo del servicio desinteresado a los subyugados y ofendidos; siempre han sido sacerdotes del magno ideal puro; al igual que don Quijote, intervenían en la lucha sin saber cuántos eran sus enemigos, y si estaban pertrechados de armas que difícilmente fueran mejores. La intelectualidad no puede jactarse de haber tenido muchas victorias, ni siquiera ilusorias, pero al caer bajo los golpes del destino, decía: La causa a la que he servido es lo único valioso, para lo cual vale la pena vivir, y esa verdad no debe ser afectada por mi incapacidad de demostrarla. Y la intelectualidad prefería morir antes que renunciar a sus ideales o traicionar. Pero llegaron otros tiempos, y todo lo que era evidente e indiscutible, todo lo que hasta hacía poco era objeto de veneración, fue rechazado. La intelectualidad percibió su derrota personal como la derrota de sus ideales de belleza, del bien y la justicia; ha olvidado que al margen de lo ideológico, al margen

del servicio desinteresado e inspirado a los desposeídos y necesitados no hay vida para ella; su castigo consistía en que se vio hundida en el abismo del marasmo moral. Gracias a Dios, el tufo se desvanece, y los dioses casi deslustrados comienzan de nuevo a despedir rayos de luz quieta. Pero da pena recordar los horrores del reciente decaimiento moral».

Hay razones para suponer que el autor de esas líneas fue Gorki. Es notorio que entre los pseudónimos que utilizaba Gorki, no figuraba la abreviatura «M.A.». Pero se podría suponer que es la forma invertida de la abreviatura de su nombre y patronímico (Alexei Maximovich). Por supuesto, no sólo es el pseudónimo lo que da motivo para tal hipótesis, sino el énfasis del artículo, la posición ideológica del autor (enunciada después de la derrota de la primera revolución rusa, cuando aparecieron síntomas de una nueva situación revolucionaria), la concepción gorkiana de la imagen de don Quijote y, por último, la peculiaridad estilística del artículo, que denuncia en su autor, si no al propio Gorki, al menos a un literato muy afin a éste en lo ideológico y artístico.

Las tendencias de la actualización de la imagen de don Quijote, importantísimo elemento de la vida cultural rusa después de la aparición del discurso de Turguenev tenían al mismo tiempo facetas muy diferentes de la suya. En las declaraciones de los pensadores, escritores y políticos se comparaban con don Quijote a los revolucionarios, a los liberales, a los eslavófilos, y a los conservadores. Por ejemplo, el famoso crítico Dobrolubov denomina a don Quijote a los liberales que, compadeciendo a los oprimidos, intentan cambiar la situación corrigiendo algunos abusos. De los don Quijotes de la reacción habla Alexandro Herzen en su obra *Lo pasado y los pensamientos* y Saltikov-Schedrin denomina a sus enemigos ideológicos «don Quijotes del conservadurismo». Surge una imagen, casi imposible, del «don Quijote coronado». Tal fue, en opinión de Herzen, Pablo I; don Quijote del sistema creado por Pedro I y Catalina II fue, según Bakunin, Nicolás I.

La causa de la más profunda huella dejada por la imagen de don Quijote en la cultura rusa es el hecho de que muchos de los escritores rusos le compararon con ellos mismos, con sus ideas sobre el bien y la verdad, adaptándolo a sus opiniones filosóficas y públicas. La transformación del quijotismo en fenómeno cultural, abarcando la corriente, se atestigua por la vasta utilización del término en la correspondencia privada. Esto dispensaba de la necesidad de dar a tal o cual persona (incluso a sí mismo) una característica detallada. El Caballero de la Triste Figura fue muy preferido por Apolo Grigoriev, que más de una

vez acentuaba su afinidad con el héroe de Cervantes. Ya en los años 50 comienza a sentirse como un hombre nacido bajo el signo del Quijote. En una carta de los años 60 escribe: «Como ves de nuevo *donquijotstvuyu* (quijotizo) con entusiasmo y encantamiento /.../ ahora creo en mí mismo un mundo, en el que gobierno como el profeta del humanismo y el luchador por él. Por eso soy el héroe de la Mancha».

La época del simbolismo creó una nueva interpretación del quijotismo. En el año 1910 en el periódico *Novoye vremia* (El tiempo nuevo) apareció el artículo con el fin de destronar el quijotismo estético del «nuevo arte». Su autor A. Burnakin afirmaba: «La novísima literatura rusa encabezada por Briusov-Salieri *donquijotstvet* (quijotiza) ya durante una docena de años, gestiona infatigablemente, pero sin éxito, acerca del cadáver de la belleza». Así se niega el quijotismo, como la corriente literaria con la que se compara.

Si ponemos en la balanza la intención de don Quijote de ser útil a los hombres, de hacer el bien, y lo absurdo de sus actos, el daño real que proporciona a sus vecinos, cuenta y contará —han probado esto millones de lectores rusos— la primera consideración. Todos los intentos de los científicos e hispanistas para demostrar que Cervantes no tuvo el propósito de crear tal imagen, que fue el fundamento filosófico de la «alta» línea del quijotismo, están condenados al desplome. La humanidad necesitaba del mito de don Quijote, necesitaba de la imagen cargada de tal función en el sistema de la cultura espiritual y buscará esta función, porque de todas las grandes imágenes mundiales, precisamente don Quijote es la más adecuada para esto. Raras veces nos damos cuenta de que no se hizo casualmente el símbolo del heroísmo, ni de tal o cual héroe invencible de la novela caballeresca o héroe valiente de alguna fábula folklórica, sino que fue presentado como viejo, ridículo y disparatado Caballero de la Triste Figura de antemano condenado a la derrota.

Evidentemente, de dos líneas: el quijotismo como la falta de ritmo de la realidad, y el quijotismo como entusiasmo heroico de un solo hombre —la segunda desempeñó en la cultura rusa y no solo en la rusa un papel mucho más importante. Se trata del quijotismo como Dulcinea de la humanidad, como la idea más alta sobre la predestinación del hombre, surgida en el origen de «Aldonza», la imagen real, concreta, creada por Cervantes. El quijotismo quizás sea el aporte principal que ha hecho España al acervo de la cultura rusa.

VSEVOLOD BAGNO